

LAS CAMPAÑAS NAVALES DE LAS GUERRAS MÉDICAS (I)

Julio ALBERT FERRERO

Vicealmirante (r)

Introducción

Desde el comienzo del siglo VII a. C. el mar Egeo, una vez eliminada la competencia fenicia, se había convertido en un lago griego. Hasta fines del siglo VI a. C. impera la aristocracia. La posesión de una cultura y de una lengua hacía a los griegos distinguirse de los bárbaros. El desarrollo del comercio borró las diferencias entre los habitantes de las distintas regiones, creando una comunidad étnica y lingüística.

La lucha con los persas fue en defensa de una unidad cultural que se aseguraba a través de la lengua.

Las ciudades griegas en la costa occidental de Asia Menor (Mileto, Efeso, Focea) constituían una cabeza de puente en territorio bárbaro, limitando con el territorio de Siria. El espíritu aventurero griego, unido a las desigualdades políticas y sociales, produjo una fuerte emigración que se difundió por toda la cuenca mediterránea. Grecia, que desde el siglo VIII a. C. constituía una unidad geopolítica, desarrolló, gracias a sus colonias, un intenso comercio marítimo favorecido por la existencia de sus costas recortadas; por sus innumerables islas y dificultado por las difíciles rutas terrestres.

Los griegos crearon un sistema monetario completo, que ejerció gran influencia en la sociedad helénica.

El choque entre helenos y bárbaros, conocido ordinariamente como las guerras médicas, proporcionó a Grecia la conciencia de su unidad.

Antecedentes históricos

Existen en la historia de Persia dos períodos perfectamente delimitados: el primero de crecimiento hasta la confrontación con Grecia y el segundo, de constante decadencia. El forjador de la grandeza persa fue Ciro el Grande, nacido en el año 580 a. C., dotado de una gran inteligencia política y de un singular talento militar. Realizó una brillante campaña militar durante seis años, ampliando las fronteras del imperio hasta el Mar de Aral y la India. Tomó Babilonia, consiguió el acceso a las fronteras de Egipto, que conquistó su hijo Cambises. El verdadero constructor de la unidad del Imperio fue Darío, que llegó a ocupar las tierras comprendidas entre la India y el Mediterráneo y consiguió transformar las masas armadas en un ejército organizado. Persia consideró la posesión de las ciudades griegas de Jonia como etapas para una posterior conquista de tierras europeas con el propósito de llegar hasta el Danubio.

Conquistó Asia Menor, incluyendo las colonias griegas que bordeaban el Mar Egeo. Darío, después de extender los límites del Imperio hasta el río Indo, cruzó el Bósforo e invadió Tracia. Al parecer se desplegó hacia el norte llegando a las bocas del Danubio, pero esta expedición no tuvo el éxito esperado aunque consiguió el dominio de la parte meridional de Tracia. En general, esta campaña no contribuyó a incrementar el prestigio persa.

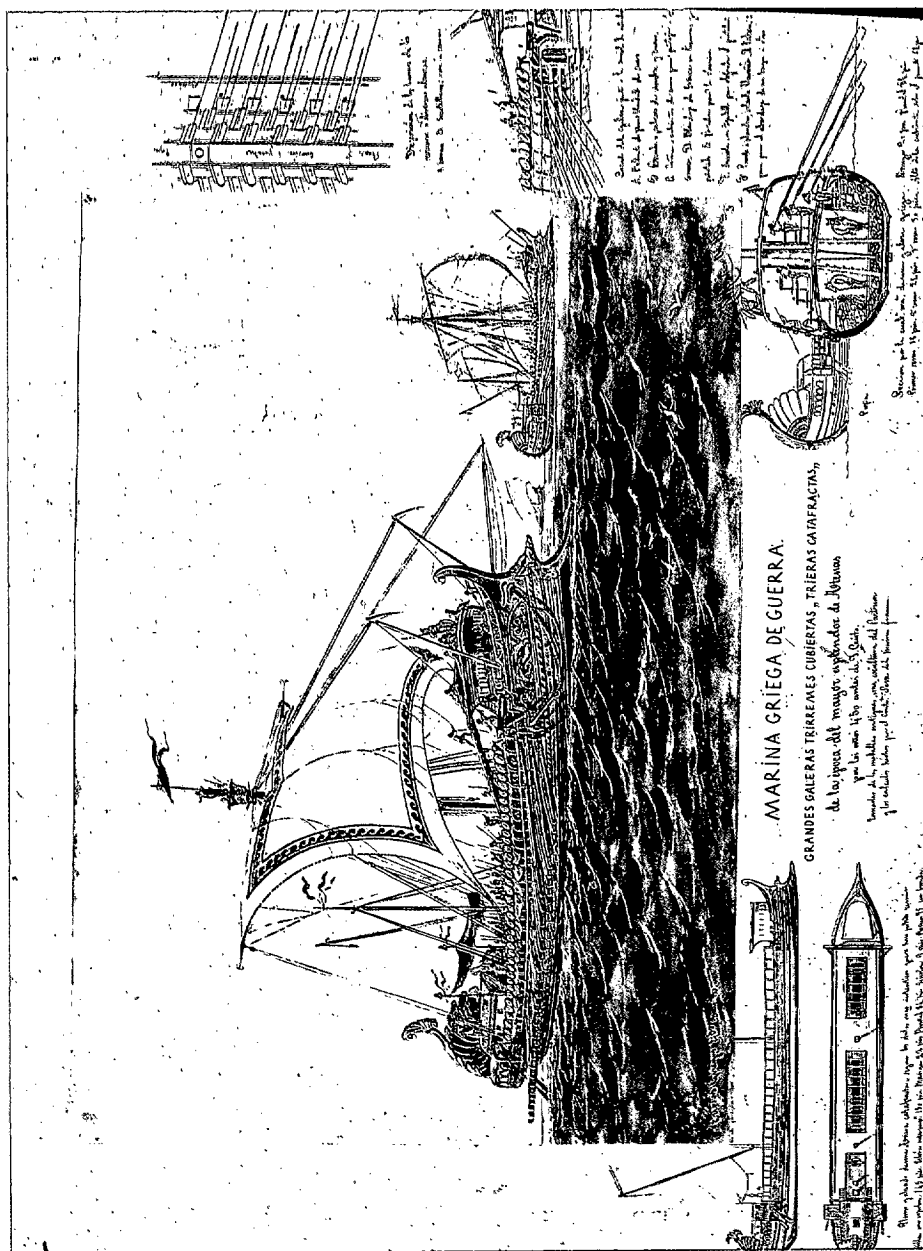
No está claro todavía qué fue lo que indujo a Darío a extender sus dominios por Europa. Parece, no obstante, probable que tanto los habitantes libres de Tracia como los griegos simpatizaban con los griegos de la parte Oriental del Egeo y del noroeste del Asia Menor bajo dominio persa, por lo que Darío consideraba la necesidad de conquistar la península balcánica para preservar la paz en la parte occidental de Asia Menor.

Debido al poco éxito alcanzado en la expedición al Danubio, algunas ciudades griegas del Bósforo, como Bizancio, Calcedonia y Antandro se sublevaron, consiguiendo Darío la pacificación de la zona y la conquista de Tracia. Como consecuencia, los marinos jónicos se vieron aislados del Mar Negro, con lo que disminuyó su comercio. En estas circunstancias estalló la revuelta de Jonia en el año 499 a. C., que contó con el apoyo de Atenas y Eretria que enviaron buques de refuerzo y que terminó en el año 494 a. C. en la que la flota jónica fue destruida en la bahía de Lade. La ciudad de Mileto fue tomada al asalto, sometiéndose rápidamente las demás ciudades jónicas. La flota persa procedió a explotar el éxito de esta victoria conquistando las islas-estado del Mar Egeo. Esta revuelta fue la causa de la invasión persa, que sorprendió a las ciudades griegas con sus acostumbradas discordias.

En estas circunstancias, Darío envió a su yerno Mardonio, como comandante en Jefe de las fuerzas terrestres y navales, a restablecer el dominio sobre Tracia y a castigar a los griegos en la primavera del año 492 en un nuevo intento de presionar sobre Europa. Se enviaron grandes refuerzos desde la capital persa Susa hacia el Oeste. Las operaciones tuvieron éxito tanto en Macedonia como en la Tracia meridional restableciéndose la autoridad persa, pero después de la conquista su flota fue destruida por un temporal en el Monte Athos, extremo oriental de la triple península Calcídica, por lo que la expedición posteriormente no prosperó. A pesar de esto, Darío no desistió de castigar a Atenas y Eretria por su ayuda a la revuelta jónica y procedió a modificar el plan de operaciones, ante la experiencia adquirida en la lucha contra la revuelta jónica y ante las dificultades encontradas por Mardonio en el movimiento combinado del Ejército y de la Marina a través de Macedonia.

Planes de campaña persa contra los griegos en el año 490 a. C.

Las dificultades aludidas, que Mardonio encontró a lo largo de la extendida derrota entre el Helesponto (Dardanelos) y Grecia aconsejaba establecer una derrota más corta a través del Mar Egeo desde la isla de Samos a Eubea, apoyándose en las numerosas islas del Egeo. Sin embargo esta ruta



Acuarela de Rafael Montleón. (Museo Naval de Madrid.)

marítima, a pesar de su poca extensión, hacía prohibitiva una expedición de gran envergadura dado la limitada capacidad de carga y de transporte de los buques de aquella época. Se necesitaba reponer abastecimientos con frecuencia y un gran consumo de agua. En consecuencia, Darío decidió limitar sus objetivos: Atenas y Eretria, por su ayuda inicial a las revueltas jónicas, aun cuando sus miras eran las de conseguir una base avanzada en el Atica para su posterior conquista de toda Grecia.

El Ejército y la flota persa se concentraron en Cilicia, en la costa sur de Asia Menor, bajo el mando de Datis que reemplazó a Mardonio. Aunque Herodoto no señaló el número de hombres, sino sólo el de buques, 600 trieras, puede estimarse en un total de 72.000 hombres, dados los datos de que se dispone sobre la capacidad de estos buques, del orden de 120 hombres en cada uno. Este número era de capitán a paje e incluía las tropas de desembarco. Algunos historiadores fijan en 4.000 hombres los que participaron en la batalla terrestre. En cualquier caso no se trataba de una operación de gran envergadura.

Aun cuando las batallas decisivas, tanto en tierra como por mar, transcurrieron durante la segunda expedición bajo el mando de Jerjes. Estas primeras, bajo el mando de Datis, sirvieron para obtener un mayor conocimiento del armamento, del potencial y de las tácticas enemigas.

Batalla de Maratón

La flota, con el Ejército a bordo, salió de Cilicia a finales de julio de 490 a. C. en demanda de la isla de Samos, perteneciente al archipiélago de las Esporadas, en Jonia. Desde Samos se dirigió a la isla de Naxos, donde quemaron la ciudad (sus habitantes huyeron a las montañas), tomaron rehenes y tropas de las islas en su ruta hacia la ciudad Eretria, primer objetivo de la expedición, en la isla de Eubea. Esta ciudad, conocedora de la invasión, había solicitado ayuda a Atenas, que hizo lo que pudo aunque su ayuda fue modesta. Los persas encontraron resistencia y después de seis días tomaron la ciudad mediante un acto de traición, cometiendo pillajes y convirtiendo en esclavos a sus habitantes.

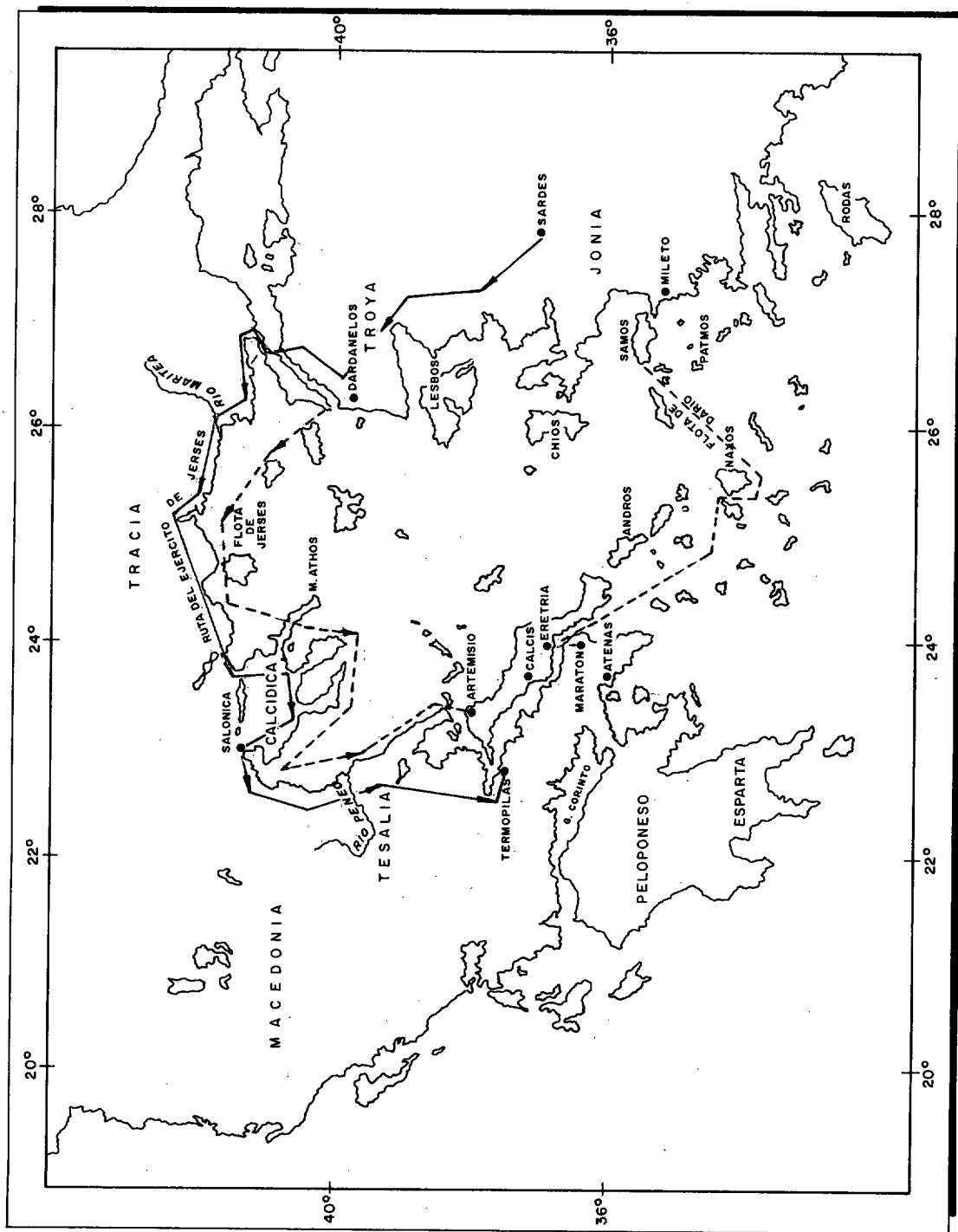
Después de una corta estancia, los persas cruzaron al estrecho de Euripo hacia la bahía de Maratón, en un punto de la costa de Atica a 25 millas de Eretria y a una distancia de 26 millas por tierra y a 60 millas por mar de Atenas. El punto de desembarco era una playa de unas 5 millas de longitud, orientada del nordeste al suroeste, protegida del nordeste por el monte Cynosura que se adentraba en la mar más de una milla. Desde la playa se extiende una llana tierra adentro entre 1,5 y 2 millas, dividida por un torrente y limitada a ambos lados por tierras pantanosas. Dos caminos conducían a Atenas, el más directo atravesaba unos montes que le hacían impracticable a la caballería, el otro, por el contrario, bordeaba la costa y resultaba muy apto para la caballería. Las planicies próximas a Atenas eran muy aptas para la acción de la caba-

llería, pero presentaban el inconveniente de que su proximidad a la ciudad hacía peligrosa la reacción ateniense ante el desembarco persa. La situación política en Atenas proporcionaba una adecuada explicación de las causas del desembarco en la bahía de Maratón, puesto que existía una fuerte división en los partidos políticos. El partido Autocrático, liderado por Milcíades, era antipersa; el partido Democrático deseaba que Hippias recobrase el control de la ciudad con la ayuda de los persas. El objeto probable de los persas al desembarcar en Maratón no fue el dar la batalla allí precisamente, sino el de hacer salir de Atenas a su guarnición, mientras ellos podían esperar en Maratón el tiempo necesario para que una acción traicionera resolviera la situación y en el caso de que la guarnición griega de Atenas llegase a Maratón. Así dispondrían de una mayor oportunidad para conspirar en la ciudad. En ambos supuestos, tanto si se producía la batalla como si no, parte de su ejército con la flota podría dirigirse a Atenas, que distaba sólo 60 millas, mientras que el resto podía contener al ejército griego allí en Maratón.

Previamente, los atenienses habían acordado una ayuda de Esparta. Conforme a ello, al tener noticias de la caída de Eretria, enviaron un mensajero para conseguir la prestación acordada. Éste volvió inmediatamente anunciando que por razones religiosas los espartanos tenían que esperar hasta la luna llena. Llegaron a Atenas el 1.º de septiembre. Los atenienses se enteraron del desembarco el día 10. La fuerza ateniense estaba mandada por el polemarcha Calímaco. El más destacado de los generales atenienses era Milcíades y es probable que su prestigio afectase a las decisiones del Consejo de Guerra. Aunque no se conoce con certeza la cantidad de las fuerzas atenienses, diversas consideraciones llevan a pensar que se trataba de 7.000 u 8.000 hombres, frente a la estimación de unos 10.000 persas que desembarcaron en Maratón.

Cuando las fuerzas atenienses se desplazaban por la carretera interior directa pensaron en que se iban a encontrar con los persas, que contrariamente permanecían estáticos en el llano junto a la playa en la que habían desembarcado de sus buques, fondeados en las proximidades de la playa. Los atenienses ocuparon las alturas, su posición era predominante. Los persas no podían atacar, no quedándoles más alternativa que desplazarse por la carretera de la costa, muy apta para la caballería o reembarco. Debíó existir una comunicación con Atenas, de modo que quedaron enterados que los espartanos iniciaron un movimiento sobre el día 8 de septiembre después de la luna llena. El tiempo transcurría sin que en Atenas ocurriese nada, lo que obligaba a los persas a iniciar una acción decisiva antes de la llegada de los refuerzos espartanos, en consecuencia, es probable, aunque Herodoto no lo especifica, que los persas embarcasen parte del ejército con toda la caballería para dirigirse directamente a Atenas, mientras el resto permanecía en posición para mantener al ejército ateniense fuera de la ciudad.

Es probable que el ejército persa permaneciese al nordeste del lecho del torrente, entre éste y la zona pantanosa, con los buques próximos al promontorio de Cynosura para protegerse de los vientos de componente norte y nor-



deste. Esta situación les proporcionaba suficiente espacio de maniobra, tanto para la infantería como para la caballería, y su proximidad a los buques con las popas hacia tierra les proporcionaba una posibilidad de reembarque ante un caso de emergencia. La parte de las fuerzas que debía contener a los griegos se desplazó hacia una posición en la orilla derecha del torrente Charadra para poder tomar la carretera de la costa, al propio tiempo que se aproximaba al enemigo. Esta decisión se llevó a cabo el 9 de septiembre.

A la llegada a Maratón, los generales atenienses celebraron un Consejo de Guerra que dió como resultado la decisión de Calímaco urgido por Milcíades de presentar batalla, si bien ésta debía esperar a la llegada de los refuerzos de Esparta. Se decidió que la batalla fuese conducida por Milcíades, que era líder de su partido, un distinguido político y soldado, aunque Calímaco no renunció a ocupar su puesto de honor como comandante en Jefe, en el que perdió la vida cuando perseguía al enemigo.

Al salir para Atenas la flota persa con la caballería y con las fuerzas del ala derecha a bordo, el resto avanzó paralelamente a la playa, con los buques sobre la playa a retaguardia dispuestos para el reembarque de las tropas.

La táctica persa consistía en atacar con armas por el centro y envolver. En esta ocasión no contaban con la caballería, por lo que probablemente les obligó a alargar la línea de batalla. Por parte griega, su táctica consistía en la carga frontal con el combate cercano con lanzas y su punto débil radicaba en los flancos. Sin embargo, Milcíades reforzó los flancos evitando el envolvimiento persa, a expensas de debilitar el centro, y extendió la longitud de su línea de combate.

La vista del embarque de la mitad del ejército persa, mientras que la otra ala formaba cerca de la carretera de la playa, era claramente la ocasión que Milcíades esperaba, descendiendo el ejército ateniense de las colinas, formando a una milla de distancia frente a las fuerzas persas y avanzando lentamente hasta una distancia algo mayor del alcance de las flechas, parando y ajustando la línea y al estar preparados se movieron con rapidez probablemente a través de la zona de fuego, con las lanzas en formación cerrada. La batalla fue larga y encarnizada. El débil centro griego no fue lo suficientemente fuerte para arrollar a los arqueros persas, la élite del ejército, que también llevaban espadas cortas para el combate cuerpo a cuerpo. Por el contrario, el centro persa fue lo suficientemente fuerte para romper la débil línea griega y siguieron hacia las colinas. Pero las dos pesadas alas atenienses envolvieron, arrollando las alas persas y cargando sobre el centro. En esta nueva intentona los griegos debieron estar más cercanos a la playa que el enemigo, pero no se interpusieron.

En esta segunda fase, la acción resultó completamente favorable a los griegos, que destruyeron el centro persa, persiguiendo a los enemigos hasta la playa y apoderándose de los barcos, en los que los fugitivos trataban de escapar.

Los buques que se escaparon con las fuerzas derrotadas se dirigieron a la isla Aegilia a 8 millas de Maratón, donde habían confinado a los cautivos de

Eretria, embarcándolos con el botín, siguieron a las otras fuerzas embarcadas, doblaron el cabo Sunion hacia la bahía de Phalenus, frente a Atenas.

Las fuerzas victoriosas griegas volvieron a Atenas con rapidez y acamparon en las colinas del puerto. Los espartanos salieron en luna llena y efectuaron la marcha sobre Atenas, a 140 millas en 83 días. Llegaron antes de lo esperado, horas después del retorno del ejército ateniense. Sin duda alguna su presencia contribuyó a disuadir a los persas, que después de una breve estancia en la bahía de Phalenus en espera de la incorporación de la segunda división de la flota que traía a los cautivos de Eretria y a las fuerzas persas derrotadas, salieron para Asia.

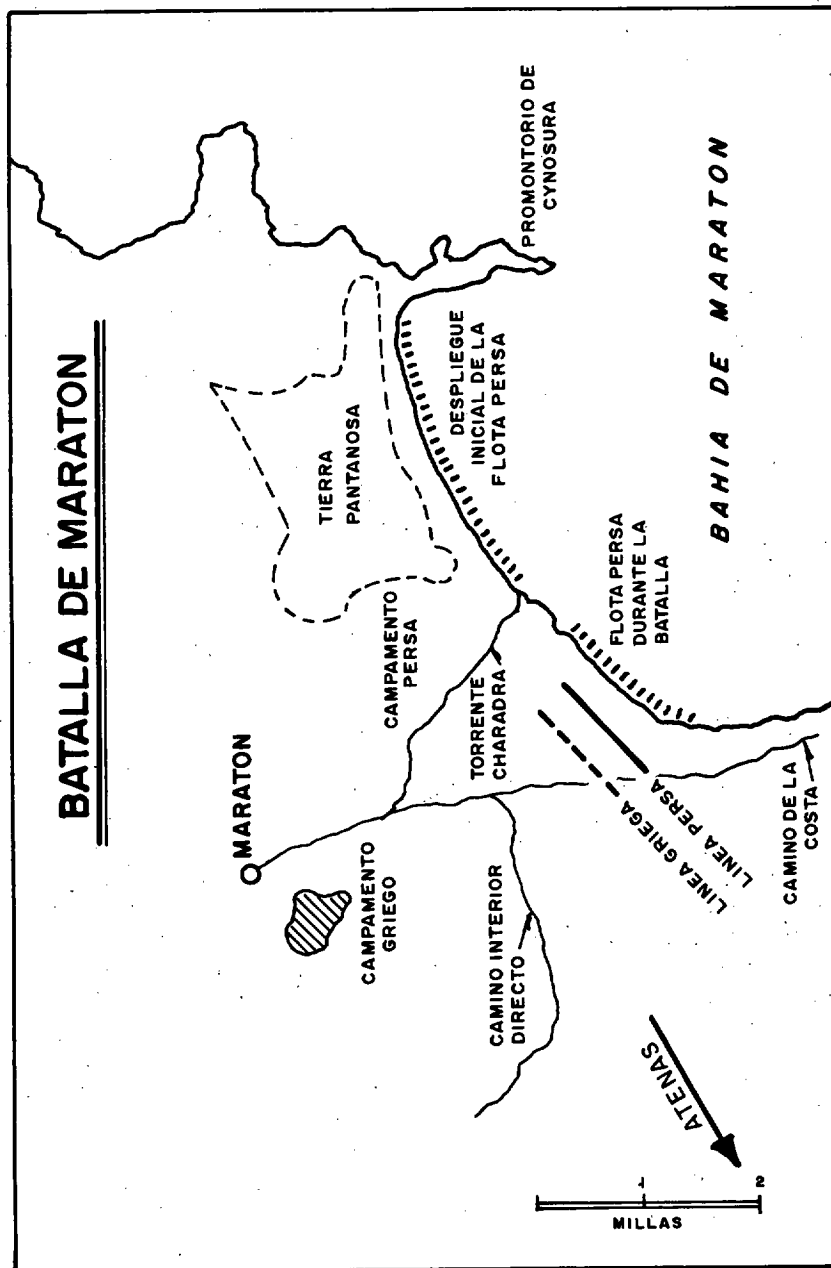
Las pérdidas totales fueron 192 griegos y 6.400 persas; la lucha más dura fue en el intento de apoderarse de los buques.

Los cautivos de Eretria fueron bien tratados y se establecieron en tierras cedidas cerca de Susa. La toma de Eretria supuso un pequeño triunfo para Darío, cuya derrota minó el prestigio persa necesario para el mantenimiento del Imperio, por eso era indispensable un nuevo intento de conquista sobre Grecia.

El resultado de esta batalla no fue importante, aunque ha sido magnificado en la Historia, sin embargo, se ha descrito porque en los primeros tiempos la guerra naval consistía principalmente en unos desembarcos anfibios y seguidos de incursiones para conseguir botines y saqueo en los territorios enemigos. También conviene resaltar que las tácticas de la guerra terrestre tenían su aplicación en la guerra naval. La batalla de Maratón enseñó a los griegos el éxito de las lanzas sobre las flechas y la evitación del envolvimiento.

Preparación para la nueva campaña

El nuevo intento de conquista de Grecia requería mucho tiempo, la organización del Imperio exigía la movilización de tribus que suplementasen al ejército regular. En el año 486 a. C. estalló la sublevación de Egipto, en el 485 murió Darío, sustituyéndole su hijo Jerjes que concluyó la revuelta en el 484 y previa consulta con su Consejo decidió iniciar los preparativos de una nueva campaña contra Grecia, de acuerdo con los deseos de su padre, que duraron unos tres años. Se acumularon provisiones y municiones a lo largo de la línea de marcha en Tracia y Macedonia, se construyó un canal a través de la península de Athos para evitar su rodeo en caso de mal tiempo. Este canal, de 30 metros de ancho y de 1,20 de fondo, con una longitud de 1,5 millas era, según Herodoto, la demostración de una ostentación más que una necesidad. Dada la gran entidad de la fuerza expedicionaria, imposible de transportarla por mar, se decidió cruzar los Dardanelos y marchar cruzando Tracia y Macedonia, bajo dominio persa, y llegar a Grecia desde el norte. Durante esta marcha a lo largo de la costa, el enorme ejército persa se suministraría de los depósitos previamente establecidos en Tracia y Macedonia y también de los buques mercantes que transportaban suministros desde las bases en las costas de Asia Menor, Siria y Egipto. Estos buques mercantes contaban con la protección y cobertura de la flota de combate.



Este plan requería una gran cooperación entre la flota y las fuerzas de tierra, ya que el ejército era demasiado numeroso para obtener un apoyo logístico adecuado con los suministros locales y una derrota naval supondría un corte en las líneas de comunicación con las bases persas. Las fuerzas persas pueden estimarse en 180.000 soldados y 130.000 hombres a flote, además de las dotaciones de los buques mercantes, en total unos 350.000 hombres.

Marcha del ejército persa

En el otoño del año 481 a. C., el ejército persa, que había sido movilizado en Capadocia, empezó a desplazarse hacia Sardes, la capital de Lidia, en el Asia Menor occidental y en la primavera del año 480 a. C. estaba preparado para iniciar la campaña contra Grecia. Los contingentes navales procedentes de las satrapías marítimas se fueron concentrando en la entrada de los Dardanelos. Sobre el 15 de abril, el ejército partió de Sardes y después de un mes llegó al Llano de Troya, sobre los Dardanelos, a pocas millas de distancia de los dos puentes de pontones, cada uno se componía de 300 embarcaciones para soportar los enormes cables sobre los que se había construido la calzada. Aquí Jerjes empleó un mes en revistar al Ejército y a la Armada, comenzando su avance sobre Tracia el 15 de junio. Al estar a unas 80 millas de los puentes, el Rey Jerjes detuvo la marcha en la boca del río Maritza para contar el ejército, terminando por lo tanto su organización. Herodoto fija en 1.700.000 hombres, cifra que parece exagerada como ya se ha indicado anteriormente. Esta parada sirvió para varar los buques de la flota, limpiar fondos y carenarlos, en Maritza la flota fue revistada de nuevo y quedó organizada en cuatro grandes escuadrones. Según Herodoto, se componía de 1.027 buques de guerra procedentes de Asia y 120 se incorporaron desde Tracia, después de la invasión 3.000 transportes y embarcaciones pequeñas. Este último número podría ser una cifra aproximada. Cada uno de los escuadrones se componía de unos 300 buques e iban bajo mandos persas, que eran hermanos del rey y príncipes del Imperio.

Cada buque contaba con un destacamento persa, además de su dotación de origen provincial. Se trataba de una fuerza persa y, por tanto, sus mandos se verían inclinados a luchar empleando la táctica persa, es decir, utilizando armas arrojadas, de las que disponía la mitad de la flota, y envolviendo los flancos enemigos.

Desde el río Maritza el ejército se dirigió a Salónica, parte de sus efectivos cruzaron las montañas y la mayor parte se desplazaron por la costa. La flota pasó por el canal construido en la península Athos, incorporando buques locales y tropas en el camino, llegando a Salónica antes que el Ejército, distribuyéndose a lo largo de la costa hasta el río Varda. Jerjes, a su llegada a Salónica, embarcó en un buque de Sidón escoltado por la flota y se dirigió hacia el Sur hasta unas 40 millas de la desembocadura del río Peneo, en el valle de Tempe, de importancia militar. Durante este viaje del rey, una división del Ejército se dedicó a abrir un camino a través de las montañas hacia Tesalia.

Las cosechas recientes estaban al alcance en este rico país. A mediados de agosto el cuerpo principal del Ejército se había desplazado al menos por dos rutas hacia una nueva etapa de su avance, que le llevaba a entrar en contacto con la línea de defensa griega.

Preparativos griegos

Durante los años anteriores a la expedición de Jerjes, la política de Atenas estaba bajo el dominio del demócrata Temístocles, que se había instalado en el poder a la caída de Milciades, y que estaba convencido de que la derrota persa de Maratón no terminó con las intenciones persas de conquista. Temístocles transformó a Atenas en una potencia marítima al emplear los ingresos procedentes de los filones auríferos de Lausión en la creación de una gran flota. En toda Grecia se había creado un mito como consecuencia de la victoria de Maratón, por lo que se subestimaba el poderío militar persa. Cuando la invasión parecía inminente él convocó una conferencia de estados griegos en el istmo de Corinto para establecer el plan de resistencia. Se hicieron los planes generales. Resultaba deseable el dejar al enemigo el menor territorio posible. Por esa razón, el establecimiento de una línea de defensa en el norte resultaba preferible con el fin de hacer participar al mayor número de defensores. Por otra parte, se consideraba que dada la gran entidad de las fuerzas persas el istmo de Corinto era el único lugar donde se podía contener al enemigo. Por esta razón los pueblos del Peloponeso, entre los que se encontraba el ejército profesional de Esparta, querían atrincherarse en el istmo y presentar batalla allí. Por el contrario, los estados del centro y del norte de Grecia preferían, para salvar sus tierras y ciudades, el mantenimiento de una posición defensiva en el norte. Independientemente de la línea de acción que se decidiese, era necesaria apoyarla con la flota, pues de otro modo la flota enemiga podría conducir a su Ejército a la retaguardia griega y hacer insostenible su posición seleccionada.

No parece que los espartanos, que eran los mejores soldados de Grecia, pero de miras estrechas, comprendieran completamente la importancia de la defensa del territorio griego en el caso de que la flota griega fracasase en un contacto con la persa. Temístocles convenció a los aliados para utilizar flota combinada griega, e insistir en establecer la línea de defensa en el norte. La flota persa cubría los movimientos de los buques logísticos, por tanto una derrota de aquella flota causaría la retirada del Ejército al faltarle su apoyo logístico.

Cuando los persas llegaron a los Dardanelos, Tesalia convocó al Consejo en el istmo para pedir ayuda. Los griegos decidieron tratar de retener a Tesalia mediante la defensa del paso de Tempe, a 60 millas al sur de Salónica, y enviaron 10.000 hombres, equipados con armamento pesado, por mar hasta el canal Euripo (entre la isla de Eubea y el territorio continental). Desembarcaron en el globo de Volo, desde allí marcharon a Tempe, donde acamparon

y se les incorporó la caballería de Tesalia. Es probable que después de su llegada supieran la existencia de otras rutas, además del paso de Tempe a través de las montañas y por esto sus posiciones podían ser sobrepasadas. La expedición volvió al istmo de donde había partido y Tesalia, viendo que por sí sola nada podía hacer contra los invasores, envió tierra y agua a Jerjes, en Salónica, en señal de sumisión.

La posición Termópilas-Artemisio

Después de regresar la expedición de Tempe, el Consejo de los Aliados escogió el paso de las Termópilas como el sitio adecuado para contener la invasión. Se trataba del único camino practicable a un ejército invasor para penetrar en Grecia central, en varias ocasiones y en siglos posteriores se ha comprobado que ese era un punto clave. Además su situación geográfica permitía la cooperación eficaz de la flota con el Ejército durante el paso.

Las Termópilas era una posición excelente para una acción conjunta defensiva por tierra y por mar. Está a la entrada de la Grecia central sobre la costa en el golfo de Malian. Una cadena de montañas impide el paso, dejando sólo un paso estrecho de menos de 15 metros entre el mar y la montaña. El golfo se abre en el canal de Euripo entre la isla de Eubea y la costa griega. La parte norte de esta isla ofrecía a los griegos la base necesaria para la flota y una ensenada segura ante un ataque terrestre.

Mientras la flota pudiese permanecer en la zona de Artemisio, en la parte norte de Euripo, la numerosa caballería persa no podía actuar ventajosamente contra el ejército griego en las Termópilas, ya que sólo podía llevar a cabo un ataque sobre un frente de 15 metros. La retirada de la flota supondría el abandono del paso, ya que el numeroso ejército persa podría lanzarse por mar directamente contra el flanco y las líneas de aprovisionamiento. La decisión de mantener la línea Termópilas-Artemisio se tomó después de una gran disputa.

Los estados del Peloponeso fueron persuadidos con dificultad de que la defensa del istmo requería la presencia de las fuerzas atenienses con el resto de la flota para prohibir el libre uso del mar por el enemigo.

Finalmente se convencieron de que para contar con la ayuda de la flota ateniense en la defensa de la línea final en el istmo debían establecer una línea de defensa en el norte, para salvar a Grecia central. Por esta concesión Esparta exigió el mando combinado en el mar y en tierra. El comandante en jefe de la flota aliada fue el espartano Eurybiades, el de las fuerzas de tierra fue el Rey de Esparta, Leónidas, y se decidió mantener la línea de defensa en el Norte.

Iniciación de la campaña

Como se ha indicado anteriormente, una división persa salió de Tesalónica poco después del 1 de agosto para abrir camino a través de las montañas

hacia las llanuras de Tesalia. Estas noticias llegaron a los cinco días al istmo, por lo que las fuerzas combinadas aliadas se dirigieron hacia el Norte el día 11 llegando a sus posiciones sobre el 18. Leónidas partió del istmo con 3.000 hombres de la Liga del Peloponeso, con armamento pesado, que incluía a 300 espartanos y algunas tropas con armamento ligero. Se les incorporaron unos 2.000 hombres con armamento pesado procedentes de la Grecia central. Tomaron posiciones en el paso estrecho de las Termópilas sobre la costa y establecieron en el pueblo de Albenoi, a retaguardia la base logística, donde los buques de transporte podían llegar mientras la flota aliada estuviese en Artemisio.

La flota aliada, compuesta por 271 trieras y 7 penteras de 13 estados griegos en coordinación con el Ejército, llegó a Artemisio a unas 40 millas al Este del paso.

Los montes, en el campo del ejército griego, permitían avistar el canal de



Euripo hasta Artemisio y las señales de humo durante el buen tiempo permitían el enlace entre ambas fuerzas.

Artemisio estaba frente a la entrada del golfo de Volo, cuyo uso sería muy deseado por el enemigo. A la llegada de la flota griega a Artemisio, Euribíades envió a tres buques en misión de búsqueda hacia el enemigo; se basaron en la isla de Skiathus.

Al propio tiempo se tomaron medidas a la entrada de los estrechos con vigías y señales desde la isla de Skiathus, que resultaba visible desde la zona de la flota, avistándose la costa del promontorio de Magnesia y de todos los buques que se aproximaban. Está claro que los del Peloponeso no tenían ganas de establecer la primera línea de defensa fuera del istmo. Por el contrario, los atenienses eran partidarios de la ventaja estratégica que ofrecía la línea de defensa del Norte. En este conflicto diplomático es probable que los espartanos no estuvieran dispuestos a defender los estados centrales con el ejército del Peloponeso. Ellos prometieron el envío de refuerzos al Norte después de los grandes festivales que estaban celebrando, pero a pesar de las peticiones de Leónidas nunca los enviaron.

Probablemente Esparta jugaba un doble juego. Envío a su Rey con los 300 hombres de élite como precio por haberse asegurado el mando de la flota y del ejército. Sin duda esperaba que las selectas tropas que había mandado inducirían a los estados centrales a enviar levas completas y completarían los cuadros con mercenarios. No cabe pensar que el Consejo de Esparta quisiera deliberadamente sacrificar a su propio Rey en las Termópilas.

Aun en el caso de que la flota fuese derrotada, las señales de humos y los buques desplegados podían proporcionar a Leónidas suficiente preaviso y en el peor de los casos podrían huir por las montañas sin dar la oportunidad a una persecución organizada.

Sobre el 13 de agosto, el ejército persa salió de Tesalónica camino de las Termópilas. El ala derecha se dirigió hacia el Oeste, a 40 millas de la costa, y luego avanzó directamente hacia el golfo de Malian y las Termópilas, donde llegó el 26 de agosto, pero el ala izquierda, en la que iba el Rey Jerjes, protegida por mar, cruzó el paso de Tempe, girando paralelamente a la costa hacia la ciudad de Lorissa y luego a Halus, en el golfo de Volo, donde estableció contacto con la flota y probablemente se aprovisionó.

La flota persa destacó un escuadrón de reconocimiento, compuesto por 10 buques, para explorar el canal Euripo. Este escuadrón encontró a los tres buques exploradores griegos, eliminándolos, forzando a varar a uno de ellos en la desembocadura del Peneo, capturándolo, aunque la dotación escapó por tierra. Los otros restantes fueron cazados al Sur y capturados a la vista de los vigías griegos en la isla de Skiathos, que informaron del incidente por señales de humo a la flota.

Los buques de reconocimiento persas prosiguieron su avance, penetrando en el canal Artemisio, en donde tres de ellos se perdieron en la entrada de las Rocas de Myrmex. Once días después de la salida del ejército, la flota llegó al cabo Sepias, fondeando al día siguiente, el 25 de agosto, en 8 líneas a lo

largo del promontorio de Magnesia por falta de espacio en las playas. Además de las 1.324 trieras irían probablemente algunos cientos de transportes, formando convoy para el apoyo logístico del ejército en las Termópilas. Durante la noche se levantó un fuerte temporal de levante que produjo grandes daños. Muchos buques no pudieron salir a la mar y se perdieron en tierra. La mayor parte de los buques se salvaron al vararlos sobre las playas a los primeros síntomas de temporal, según la costumbre de la época. Según Herodoto se perdieron 400 trieras y un número indeterminado de transportes. Estas cifras parecen algo exageradas.

La flota griega no sufrió daño alguno por la tormenta. Herodoto dice que al ser capturados los tres buques en las costas de Magnesia, los griegos se alarmaron tanto que abandonaron su posición en Artemisio, pero esto también parece poco probable ya que tenían una posición clave que habían ocupado deliberadamente y parece extraño que la abandonasen sólo por la pérdida de 3 buques. Pero no cabe duda que el temporal barrió el canal de Euripo y los buques que no estuviesen varados buscasen refugio, que para los vientos de levante ofrecían abrigo la ensenada de Oreus, a dos o tres millas del canal Artemisio, pero pudo ocurrir que algunos buques pasasen de largo por las Termópilas, dando lugar a que se informase como abandono de Artemisio. No obstante, como ya se ha indicado, la flota griega no sufrió daño alguno.

La tormenta duró tres días, durante los cuales las dotaciones persas en las playas se dedicaron a salvar sus efectos o hicieron defensas alrededor de sus buques, varados en las playas para protegerse de los habitantes. Los griegos conocieron el desastre de los persas por sus vigías de las montañas. El tiempo, en la mañana del día 29 de agosto, amainó y la flota persa prosiguió su movimiento.

Cuando los persas se apercibieron de la presencia de la flota griega en Artemisio, los almirantes resolvieron enviar un escuadrón que diese la vuelta por Eubea, subiese por el canal de Euripo y así evitase la retirada del enemigo. Parece que tanto en estrategia como en táctica los persas eran partidarios del envolvimiento. De acuerdo con esto, el grueso principal rodeó el cabo Sepias y después de un viaje de 25 a 30 millas fondeó en Aphete, en el golfo de Volo, mientras se destacaron 200 trieras que navegaron lejos de la isla Eubea, circunnavegándola.

La flota griega volvió a ocupar su posición en Artemisio este mismo día y aparentemente no avistaron los movimientos del enemigo. A finales del día, una división retrasada, compuesta por 15 buques, rodeó el cabo Sepias y por error no siguió a la flota en su fondeadero, avistaron a la flota griega y arrumbaron hacia ella, siendo capturados antes de que pudieran retirarse.

Batalla naval de Artemisio

El día siguiente, el 30 de agosto, fue descanso para los persas en Aphete, los almirantes inspeccionaron los buques y mientras, esperaban que el escuadrón destacado ocupase su posición. Un buceador griego, Scillios, que traba-

jaba en los naufragios en Sepias, se escapó e informó a los mandos griegos del desastre y especialmente del viaje del escuadrón de circunnavegación. Como consecuencia de estas noticias se convocó un Consejo, que decidió dirigirse hacia el sur esa noche y atacar al escuadrón destacado persa alrededor de Eubea. Este plan fue pronto abandonado, dejando al ejército griego en las Termópilas preparado para atacar por tierra y por mar. Se trataba de sacar ventaja a la dispersión de fuerzas del enemigo, que estaba desplegado en varias bahías en el golfo de Volo. Era posible que los buques de combate estuviesen en la parte oeste y que los transportes estuviesen adentrados en el golfo para suministrar a la parte oriental del Ejército que pasó con Jerjes por la ciudad de Halus.

El plan griego consistía en emplear toda su flota contra un enemigo dividido. Los griegos cruzaron los estrechos, a unas 8 millas de distancia, buscando una acción por la tarde con la esperanza de que el combate terminase en la noche y antes que el enemigo pudiese concentrar sus 900 buques contra los 271 griegos.

La táctica griega consistía en buscar el combate cercano mediante el abordaje y la lucha de las armaduras metálicas con las lanzas de 2,5 metros y los sables cortos de los griegos, que aventajarían a los escudos de lino acolchado de los arqueros persas. Los persas salieron con plena confianza y contendieron con los griegos sucesivamente. Al principio, los griegos tuvieron ventaja capturando 30 barcos, pero al aumentar el número de buques hostiles formaron los griegos en círculo con las proas hacia fuera, los persas los rodearon esperando una victoria fácil pero la formación circular griega evitaba el envolvimiento, es decir, que no presentaba flancos a los persas, ya que los costados y las popas de cada buque griego estaba protegido por un buque vecino y de este modo la superioridad numérica de los persas no suponía ventaja alguna excepto para relevo de las dotaciones exhaustas.

Después de los primeros éxitos de los griegos, el creciente número de los enemigos consiguió igualar el resultado del combate, que se interrumpió con la llegada de la noche.

Ambas flotas volvieron a sus zonas, dejando sorprendidos a los persas, que no habían conseguido nada. A su vez, los griegos tampoco tenían motivos para estar satisfechos. Habían comprobado que buque contra buque, y lancero griego contra arquero persa, los griegos resultaban superiores, pero la bravura del enemigo y su elevado número hacía, a pesar de la superioridad de las armas griegas, la lucha desigual. La noche les había salvado y el escuadrón persa que rodeaba Eubea evitaría el próximo día una huida hacia el Sur.

El día 31 de agosto llegó a Artemisio, procedente de Atica, un escuadrón griego compuesto por 53 buques y al mismo tiempo llegaron noticias de la pérdida del escuadrón que rodeaba Eubea frente a Hollows a causa de una fuerte tormenta. Esta noticia cambió la situación y animó a los aliados, decidiendo repetir la acción del día anterior, saliendo de día tarde, lanzando un ataque y retirada bajo el amparo de la noche. El escuadrón persa de Cilicia, compuesto por 100 buques, ocupaba una posición avanzada, los griegos cayeron sobre

ellos hundiendo varios buques; este combate no llegó a ser una acción generalizada y la flota regresó a Artemisio cuando llegó la noche.

El tercer día, el 1 de septiembre, los persas no esperaron a ser atacados como anteriormente, salieron a mediodía y cruzaron la posición griega en la playa del sur, donde los griegos estaban esperándoles. De nuevo, como el primer día, los persas desplegaron en una formación en forma de media luna en un intento de envolver al enemigo. Es dudoso que obtuviesen éxito en este intento. Los griegos probablemente apoyarían sus flancos sobre la costa de modo que el enemigo no tuviese suficiente espacio para pasar por dentro y atacar desde la retaguardia.

Según Herodoto, los persas, en un desesperado intento, presionaron demasiado en la lucha, de tal modo que los buques actuaron desordenadamente, interfiriendo entre ellos y a pesar de que no cedieron en la lucha consideraron una desgracia no haber vencido a un enemigo tan inferior.

Los griegos sufrieron muchas bajas, tanto en buques como en hombres, pero las pérdidas persas fueron todavía mayores. La acción no fue decisiva y ambos bandos, terminado el combate, regresaron a sus fondeaderos. La mitad de los buques atenienses quedaron averiados.

Como lección táctica de estos tres días de combate, puede obtenerse el que la superioridad individual de los griegos no fue suficiente para superar la ventaja numérica persa.

Los griegos no pudieron vencer, en mar abierto, porque estuvieron abrumados por la posibilidad de quedar envueltos. Además, la gran superioridad numérica de los persas indudablemente permitió los relevos en la lucha. El esfuerzo de la batalla fue exhaustivo, tanto para los combatientes como para los remeros.

Batalla de las Termópilas

El ejército persa llegó el 26 de agosto, como se ha indicado anteriormente, a su posición frente a los griegos en el paso, ocupando la llanura de Malian. Su aproximación a las Termópilas provocó la alarma entre los griegos y Leónidas envió mensajeros al istmo solicitando refuerzos al ejército principal que permanecía allí, que nunca se le enviaron.

Jerjes esperó durante cuatro días, creyendo que los griegos abandonarían su posición sin lucha. Mientras tanto se le incorporó la retaguardia del ejército y probablemente aprovechó este retraso para establecer contacto con su flota, que llegó el día 29 al golfo de Volo a sólo 3 días de marcha para los carros del ejército.

El día 30 de agosto los persas atacaron la posición enemiga en el viejo muro construido por los focenses en el paso de las Termópilas. Aunque su principal arma era el arco, atacaron con lanzas cortas y puñales. A pesar de los refuerzos, el ataque fue duro, no hicieron mella en los griegos a pesar de las pérdidas sufridas. Finalmente Jerjes envió a los denominados inmortales

de su guardia personal, que fracasaron sin conseguir avance alguno y así finalizó el día.

La disciplina de combate griega fue francamente buena, no se limitó a la defensa, sino al contraataque para retirarse y hacer que los persas alcanzaran las partes estrechas del paso y atacarles de nuevo cuando estuviesen apiñados allí.

Al día siguiente, el 31 de agosto, los persas atacaron de nuevo, creyendo que el corto número de los enemigos estarían incapacitados por los heridos y el cansancio, pero el día no les trajo mejor suerte y de nuevo se retiraron sin éxito.

Leónidas envió a 1.000 soldados focenses a los altos de un desfiladero que estaba a unas 17 millas sobre una garganta, con paredes verticales y en la que sólo se podía pasar en una sola fila, estaba a unos 1.000 metros de altura, bloqueando la fuerza que intentase pasar por la garganta y, por tanto, impidiéndole luchar en el paso.

La situación era grave para los persas. Los griegos habían infringido el día anterior pérdidas a la flota y habían destrozado a los buques de Cilicia ese día.

El ejército persa necesitaba suministros y el retraso de la flota en su ruta hacia el sur exigía que hiciese rápidamente su difícil intento. En caso de éxito, destacaría fuerzas a Calcis para amenazar las líneas logísticas de la flota griega, lo que provocaría su retirada inmediata. Por eso Jerjes decidió enviar con este objeto los 10.000 *inmortales*, auténticas tropas de élite según Herodoto.

Comenzaron en la obscuridad y alcanzaron el difícil paso durante la noche, llegando a las proximidades del campo de los defensores focenses en las luces del día 1 de septiembre. Éstas no habían establecido puestos avanzados y la salida del enemigo estaba oculta por un robledal, pero el ruido de las pisadas alarmaron a los focenses, que corrieron a tomar las armas mientras aparecía el enemigo, que abrió un duro fuego de flechas contra los defensores, que se retiraron rápidamente hacia el lado montañoso, permaneciendo allá pero dejando el camino abierto que conducía al mar y a la retaguardia de la posición principal griega.

Mientras tanto los fugitivos informaron a Leónidas que el enemigo había conseguido alcanzar la parte alta del paso. Éste escogió 1.400 hombres, entre ellos los 300 espartanos de élite, manteniéndose en posición frente al enemigo, enviando el resto de sus fuerzas a retaguardia y aunque se informó que éstas se enviaron para salvarlo de un sacrificio, parece más probable que fuesen enviados rápidamente para que desde las montañas contendiesen con los persas en el paso del bosque, en donde 2.500 hombres decididos podían detener el avance de un enemigo más numeroso. Sea cual fuere la intención de Leónidas, este destacamento no se encontró con el enemigo.

Sobre las 11 de la mañana, Jerjes inició el avance. Hasta ese momento los griegos habían mantenido su posición en el muro, pero a partir de entonces salieron hacia la parte más estrecha del paso. En esta ocasión la batalla tuvo lugar fuera de la parte estrecha; numerosos persas cayeron. Los comandantes permanecían detrás de las compañías, con látigos en sus manos, urgiendo

continuamente a avanzar a sus hombres. Muchos de ellos cayeron al agua y se ahogaron, y todavía un número mayor murió pisoteado por sus propios camaradas. Los griegos, descuidando su seguridad y desesperados, ya que sabían que una vez que el enemigo cruzase las montañas su destrucción estaba próxima, luchaban con gran furia y valor. Las lanzas de la mayor parte hechas pedazos y con sus sables cortaban las filas persas y aquí, durante la lucha, cayó Leónidas luchando bravamente junto con otros famosos espartanos, cayeron también persas famosos entre ellos los hijos de Darío, hermanos del rey Jerjes. Los griegos se retrasaron hasta la parte más estrecha del paso, retirándose detrás del muro, apostándose en una colina donde formaron un solo cuerpo, con excepción de las fuerzas de Tebas. Aquí se defendieron hasta el final, resistiendo con manos y dientes, hasta que los persas, que en parte habían presionado en el muro, les atacaron frontalmente rodeándolos también desde cada lado, abrumando y enterrando a los restantes bajo una lluvia de flechas.

Este fue el desarrollo de una de las batallas más cálebres de la antigüedad. Es interesante la analogía de sus características tácticas a las del combate naval del mismo día en Artemisio. El coraje fue idéntico en los dos bandos, las armas griegas fueron superiores pero la desproporción numérica fue mayor que la que pudo hacer la superioridad en armas. En la lucha en el mar, con una ventaja de tres a uno, la contienda finalizó por agotamiento y mutuo consentimiento, pero en el paso no hubo relevos en el frente de los griegos como lo tuvieron los persas. Para éstos hubo al principio mayor matanza, pero finalizó cuando los griegos se agotaron. La lucha en tierra se prolongó porque los griegos obligaron al enemigo a actuar de un modo desfavorable a sus armas. El esfuerzo habitual persa era rodear al enemigo y abrir fuego con ballestería. Pero aquí el camino era estrecho; por una parte la empinada montaña y por la otra, la del sendero, la profundidad del agua. Al parecer la ballestería fue relativamente ineficaz en un ataque estrictamente frontal. Los griegos efectuaban los relevos en el frente de lucha con hombres agotados; por el contrario, los persas, a pesar de las bajas, contaban con refuerzos inagotables.

La apertura del paso no pudo ser seguida por un avance inmediato del ejército persa, que no pudo moverse hasta que los buques logísticos llegasen con los víveres. No se comprende que los persas no enviasen los mercantes a las Termópilas, a la retaguardia de los buques de guerra, mientras sostenían la lucha contra los griegos el tercer día.

Conclusión

La expedición persa del rey Darío en el año 490 a. C., primera campaña de las Guerras Médicas, constituyó un fracaso al no lograr la misión: la de conquistar una base avanzada en el Atica para una posterior conquista de Grecia.

La batalla de Maratón no fue decisiva, minó el prestigio del Imperio persa y su resultado fue magnificado por los griegos. En ella se impuso el genio militar de Milcíades al conseguir envolver a las fuerzas persas con un éxito espectacular (6.400 bajas persas frente a 194 bajas griegas).

La batalla de Maratón fue una operación anfibia en la que no se consolidó la cabeza de playa, lo que dio lugar a la fase de reembarco en retirada.

La marcha persa del rey Jerjes en el año 481 a. C., correspondiente a la segunda campaña de las Guerras Médicas, constituyó una operación conjunta en la que la flota persa realizó un apoyo logístico de gran complejidad, además de proporcionar al Ejército una adecuada cobertura estratégica y táctica.

La batalla naval de Artemisio, a pesar de la superioridad numérica de buques persas (en proporción de 3 a 1), correspondió a una situación de dominio del mar en disputa. Los griegos llevaron la iniciativa, aplicando el principio de concentración sobre una fuerza naval enemiga dividida. La táctica naval griega consistió en buscar el combate mediante el abordaje y el establecimiento de formaciones compactas circulares, que evitaban el envolvimiento persa, fundamento de la táctica naval de los persas.

Aun cuando las pérdidas persas fueron mayores, la superioridad táctica griega no fue suficiente para superar la ventaja numérica persa. La batalla terminó por agotamiento de ambos bandos sin resultado decisivo. No obstante, sirvió a los griegos para adaptar su doctrina táctica en las futuras confrontaciones, como fue la batalla naval de Salamina, objeto de nuestro próximo artículo.